

 Las chicas
de negro Madeleine
St John



DESTINO

Las chicas
de negro

Madeleine
St John

Traducción de
Julia Osuna Aguilar

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1490

Título original: *The Women in Black*

© Madeleine St John, 2009

Obra publicada por primera vez en Reino Unido por Andre Deutsch, 1993

Obra publicada por primera vez por The Text Publishing Company 2009

Traducción publicada con el acuerdo de The Text Publishing Company, Australia.

© por la traducción del inglés, Julia Osuna Aguilar, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior

pág. 95: © *Volare - Nel blu dipinto di blu*, 1958, Bacci Bros Records,
interpretada por Domenico Modugno

pág. 194: © *Swing Low, Sweet Chariot*, 1997, Document Records,
interpretada por Fisk Jubilee Singers

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-233-5684-3

Depósito legal: B. 264-2020

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

A última hora de un caluroso día de noviembre, Baines y Williams, de la sección de Vestidos de Señora de Goode's, se quejaban la una a la otra mientras se quitaban los vestidos negros de rigor y se cambiaban para irse a casa.

—El señor Ryder no es tan malo —comentó Baines, que hablaba del jefe de planta—. La que es un auténtico dolor de muelas, hablando en plata, es la Cartright. —Esta última era la encargada del departamento de Señoras, que parecía empeñada en no darles ni un minuto de paz.

Williams se encogió de hombros y se puso a empolvase la nariz.

—Siempre se pone insufrible cuando llegan estos días —apuntó—. Le gusta que nos ganemos bien la paga de Navidad.

—¡Como si fuera culpa nuestra! —protestó Baines—. ¡No damos abasto!

No era mentira esto que decía: quedaban seis

semanas para las fiestas más importantes del año y ya habían empezado a surgir de la nada las avalanchas de clientas, al tiempo que los vestidos desaparecían de los percheros en oleadas cada vez más rápidas. Cuando esa misma noche Williams lavaba sus paños menores en el lavabo del baño, la embargó la repentina sensación de que la vida se les escapaba por el sumidero entre los gorgoteos del agua sucia. Hizo un esfuerzo, sin embargo, por recobrar la compostura y proseguir con sus tareas domésticas mientras en el exterior la noche estival de las Antípodas vibraba con toda su energía.

Williams —de nombre Patty, casada— y Baines —de nombre Fay, soltera— eran junto a Jacobs, también ésta soltera, las dependientas de Vestidos de Cóctel de Señora, que estaba al lado de Vestidos de Noche, en un extremo de la segunda planta de los grandes almacenes Goode's, en pleno centro de Sídney. F.G. Goode, oriundo de Mánchester y hombre de mente avispada, había abierto el emporio original («Pañería para Damas y Caballeros: la última moda llegada de Londres») a finales del siglo pasado, sin dar nunca un paso atrás, porque, tal y como él supo ver de inmediato, las gentes de la colonia no tenían problema en gastarse todo lo que tenían con tal de convencerse de que seguían la moda. De ahí que, en aquellos momentos, sus nietos fueran los principales accionistas de un negocio que movía al año varios millones de libras australianas gracias a

la venta de la última moda llegada de Londres y de cualquier otro lugar que se le pareciera; de hecho, en los últimos tiempos era la moda italiana la que escalaba posiciones. «Me lo he comprado en Goode's», rezaba el eslogan de aquel insufrible dibujo en el que aparecía una señora con cara de superioridad que se pavoneaba con su vestido nuevo, asquerosamente elegante, ante la mirada envidiosa y angustiada de su amiga: daba igual que los vestidos y las poses cambiaran con los años, aquel anuncio se publicaba siempre sin falta en la esquina inferior izquierda de la página de mujeres del *Herald* (supongo que el espacio estaba contratado a perpetuidad, y hacía tiempo que su eslogan se había convertido en una coletilla por toda la capital). Goode's seguía aventajando a la competencia gracias a su denodada dedicación a la moda; sus agentes de importación más talentosos eran enviados al extranjero, donde recibían formación especializada en los grandes almacenes más lujosos de Londres y Nueva York. Cuando dos veces al año llegaban a la tienda las colecciones de la nueva temporada, el personal trabajaba a destajo, para etiquetar y colocar la mercancía, entre exclamaciones.

—Da igual que el precio de venta de este modelo sea de 9 libras, 17 chelines y 6 peniques —decía la Cartright—, dentro de dos semanas no quedará ni uno, ¡hagan caso de lo que les digo!

Y, obedientes, se lo hacían.

2

Williams era una mujer menuda y delgada, con cara de cansancio, pelo pajizo y una permanente muy tiesa. Su marido, Frank, era un malnacido, ni que decir tiene. Se habían casado cuando ella sólo tenía veintiuno y él veintiséis lozanos y robustos años, y nadie parecía saber por qué no habían conseguido procrear crío alguno, pero ahí estaban, diez años después; ella seguía trabajando, pese a haber decorado ya la casa de arriba abajo, hasta el punto de que no quedaba un centímetro vivo sin amueblar, y a no necesitar para nada en concreto el dinero que ahorraba en el Banco de Nueva Gales del Sur, a falta de otra cosa que hacer con él. Mientras, Frank seguía dándole el dinero para la casa, que ella, como si fuera una cuestión de honor, gastaba hasta el último penique, comprando, por ejemplo, bistec de cadera —cuando otra gente en su situación habría comprado carne picada y salchichas— sólo porque a él le gustaba. Ella llegaba

a eso de las seis de la tarde de Goode's (vivían en una casita en Randwick) y sacaba la carne de la nevera. Cocía las verduras y ponía la mesa. Su marido aparecía pocos minutos antes de las siete, ligeramente achispado: «¡Eo, eo!», la saludaba camino del baño, donde se aseaba con brío, y para cuando irrumpía en la cocina-comedor el bistec estaba ya chisporroteando.

—¿Qué hay de cenar, Patty? —preguntaba.

—Bistec.

—Otra vez bistec.

Siempre que había probado a ponerle otra cosa, incluso unas chuletitas de cordero («Esto tiene menos carne que yo qué sé», dijo Frank blandiendo un hueso), él protestaba. A Patty ya le daba igual; hacía años que había perdido el apetito. Los fines de semana iba a ver a su madre o a alguna de sus hermanas: Frank la llevaba y la recogía en coche, y mientras ella «le daba a la sinhueso», él se dedicaba o bien a jugar al golf en el campo municipal de Kingsford o a emborracharse en el pub. Era un malnacido corriente y moliente, ni cruel ni violento, simplemente insensible e incapaz de expresarse.

Lo cierto era que Patty había consultado con un médico sobre el tema de su infertilidad y éste le había asegurado que su «maquinaria» estaba perfectamente engrasada.

—Como comprenderá —dijo el médico—, sin

examinar a su marido no podemos profundizar en el tema como es debido. Puede que la culpa sea de él; de hecho, es lo más probable. Puede que incluso sea estéril.

—Caray —exclamó Patty sobrepasada—. No sé, no creo que llegue a eso... —A él no podría ni mencionarle el tema.

—¿Con qué frecuencia mantienen relaciones? —quiso saber el médico.

—Yo no hablaría ni de frecuencia. Está siempre cansado.

La realidad era que Frank acometía con desgana sus atenciones. El médico miró a su paciente no sin desánimo. Mal asunto. Tenía ante él a una mujer bien entrada en su edad fértil y sin bebé que amamantar: era el colmo de lo antinatural. Ya no estaba en la flor de la vida y era poco probable que pudiera atraer a otro hombre en condiciones de cumplir, de modo que, si su marido no conseguía dar la talla, su vida no sería más que un desperdicio. Era mal asunto, muy mal asunto.

—Bueno, ustedes sigan intentándolo. El tema de concebir es peliagudo. Maximice las ocasiones en todo lo posible; todavía le queda tiempo de sobra.

Esa conversación había tenido lugar cuando ella tenía treinta años, y mientras salía de la consulta, y el médico le miraba ocioso las vistas traseras, pensó en darse una buena ducha, hacerse un

peinado nuevo, ponerse algo de maquillaje y un camisón negro, aunque el malnacido de su marido seguramente no se daría ni cuenta, suposición en la que no erró mucho. Frank trabajaba en el departamento comercial de la gran empresa de azulejos y tejas cuya mercancía multicolor atraía las miradas de todo Parramatta Road; todas las tardes se quedaba a beber con sus amigos en el mismo pub cerca de la Railway Square y luego volvía a casa con su Patty y su media libra de bistec de cadera. Después de eso, y de mirar cómo ella lavaba los platos, así como un par de planos de televisión, que hacía muy poco que había llegado a la Commonwealth australiana, se arrastraba hasta la cama —«creo que voy a planchar la oreja»—, adonde Patty —«vale, cariño»— lo seguía al poco rato. Se tumbaba a su lado con un camisón de nailon azul y no tardaba en oír sus ronquidos.

La habitación de los niños vacía, pintada en un amarillo azafrán para cubrir ambas eventualidades, esperaba en vano a sus ocupantes diminutos, y Patty, perdidas las esperanzas sin saberlo ni quererlo, siguió trabajando en Goode's, aquel año como los anteriores, hasta estar en estado de buena esperanza.

—No lo entiendo, de verdad que no —le decía su madre, la señora Crown, no a la propia Patty, sino a otra de sus hijas, Joy.

—No creo que Frank esté para muchos trotes —comentó funestamente su pequeña.

—Venga, no seas así —replicó la madre—, es un muchacho bien robusto.

—A veces las apariencias engañan.

—No lo entiendo, de verdad te lo digo —insistió la madre.

—Déjalo estar.

Joy ya le había dado un par de nietos, y eso que era más joven que Patty, que era la mediana; la mayor, Dawn, tenía tres críos. La capacidad para procrear de las Crown, por tanto, estaba fuera de toda duda. La pequeña era de la opinión de que su hermana no tendría que haberse casado con Frank. Entretanto, siempre que quería darse un capricho, como, por ejemplo, un vestido de fiesta, Patty le conseguía el descuento de empleados fingiendo que era para ella, cosa que cualquiera que se fijara entendería que era a todas luces mentira, porque se llevaba una S y Patty usaba una XS, aunque nadie reparó nunca en ese detalle.